

## ***La Significación Sociológica de “El Ser y el Tiempo”, de Heidegger***

*Por el Dr. Francisco CARMONA  
NENCLARES. Colaboración espe-  
cial para la Revista Mexicana de  
Sociología.*

### I

QUE sepamos, ningún filósofo de los que, con la palabra más correcta, pudieran llamarse profesionales, se ha ocupado en analizar las conexiones o raíces sociales de la filosofía. Aquello que, en el pensamiento, es parte común de la filosofía y la comunidad. Casi no hay, en tal sentido, excepciones; escribimos lo anterior recordando, precisamente, una bien notable y contemporánea: la de Bertrand Rusell en la *Historia de la Filosofía Occidental*. La filosofía no puede examinarse a sí misma como tarea social; o sea, como tarea cuya última raíz se articula en la estructura de la realidad social. Aunque las esponga el individuo, las ideas reflejan la realidad social subyacente al propio filósofo, que al fin y al cabo es un individuo. Pero el profesional de las ideas ni entenderá ni acepta esto. Jamás. Pues se autocontempla como el substituto de una divinidad que lleva en su seno la condición de la existencia, careciendo ella de toda condición. La filosofía es, al tenor de dicha actitud, lo incondicionado absoluto.

Cuando se empezó a hablar de “filosofía de la filosofía”, por inspiración de Dilthey, que logró la percepción más clara, pero todavía sistemática, del punto que exponemos, fué posible esperar que las cosas tomaran otro rumbo. Que la filosofía reconociera en su seno, por ejemplo, la huella de la comunidad en que surge. Nunca hay que perder la esperanza de que un filósofo, por muy profesional que sea, se entere por los libros —el

doble de las cosas— de lo que es incapaz de encontrar entre las propias cosas. Nuestra esperanza se derrumbó pronto; en manos de los profesionales de las ideas, la “filosofía de la filosofía” convirtiéndose, de la noche a la mañana, en un turbio malabarismo. La aguda sugestión de Dilthey acerca de la cultura, entendida como la conexión, *weltangschauung*, de todos los valores y perspectivas vitales en la vida social, sugestión cuyo desarrollo ulterior sería el abrir el horizonte sociológico de la filosofía, cerró el horizonte que confiábamos lograr. Había sido esterilizada de antemano por los filósofos. Véase el caso de Eucken, maestro de Scheler.

Pero lo que dicha idea sugería está ahí: hay que transformarlo, por decirlo así, en sistema. Tendrá que ser la sociología quien lo haga; ya se ha iniciado, por cierto, en la sociología del saber. Cualquiera que sea nuestro juicio sobre lo ya obtenido, algo se ha logrado: el precisar los límites latentes en la cuestión. El físico, el biólogo, incluso el historiador, admiten sin poner mala cara, la presencia de la sociología del saber; los filósofos profesionales vienen dando pruebas, por lo contrario, de serles insoportable. Estiman una rivalidad, y algunos una “competencia ideal”, lo que no significa sino un expediente de colaboración en la unidad de la ciencia. Ciertos casos, de cariz extravagante, no pueden ser omitidos aquí: el de Heidegger, sin ir más lejos, nombrado rector universitario por Hitler y que instituyera la filosofía como “negocio alemán”; mejor dicho, ario-alemán. Lo cual prueba la incapacidad del filósofo profesional para ver la filosofía en su propio espejo. En el espejo de la comunidad humana.

De Heidegger y su “El Ser y el Tiempo” vamos a escribir. Subrayando, por lo pronto, que la dimensión sociológica de la obra se manifiesta por doquier, incluso en el flamígero barroquismo de la expresión, en su dinámica introvertida, en la especie de mentalidad irritada, exasperada, que pone de bulto. La conciencia social de la época que le pertenece se transparenta por ahí —aunque en otros puntos también nos sale al paso— desde el vocabulario y la sintaxis, que se dirigen al paciente lector como presunto retrasado mental, hasta la falta de moderación de que el autor da muestra y que empapa línea por línea del texto, trasladando al lenguaje la contorsión de la historia. Es, en suma, la obra de su época. Fué escrita durante la dictadura nazi, con el “nuevo espíritu” que anunciara. Y, sin duda, las antorchas de la noche de Postdam, el 21 de marzo de 1933, que iluminaron el decreto de Hitler sobre la necesidad del terrorismo político para la arianización de Alemania, alumbraron las páginas de Heidegger. Nos referimos al terrorismo filosófico, correlato del político, con la ex-

pulsión de las universidades de los profesores para quienes la filosofía era un negocio humano y no un asunto exclusivamente ario-alemán.

Nada de ésto tiene que ser olvidado. Ni tiene que serlo ni puede serlo. ¿Acaso no señala el humus sociológico del existencialismo, el perfil que constituye su significado íntimo, al menos del alemán? Porque hay varios existencialismos, que ese es el nombre del irracionalismo moderno. Puede ser ateo como puede ser creyente, flexibilidad harto sospechosa. Presume de servir, en su inhibición ético-social, en su anti-intelectualismo, para conciliar proposiciones y actitudes contrapuestas. El hecho de que sirva para tales menesteres no es el efecto del indiferentismo moral y social, sino a causa de él, Esto lo decimos sin propósitos judiciales. Simplemente, para señalar su característica de evasión, su horror de lo humano por confundirlo con lo ario-alemán, y su deseo de funcionar en el vacío. La filosofía de una época, escribió Hegel, no es más que la época misma tal como se manifiesta en el pensamiento.

## II

En las primeras páginas del "El Ser y el Tiempo" encontramos una cita de Husserl, un judío converso, de cuya persona renegó oficialmente Heidegger al ocupar su cátedra de Friburgo, pero de cuya obra se aprovechó. ¿Qué mensaje podemos esperar de semejante conducta? La inhibición ética del nazismo y del existencialismo heideggeriano se intercondicionan, pues "el destino de un pueblo está determinado e interiormente formado por la sangre y el destino", intuición "esencial" del tipo Husserl-Heidegger que el régimen nazi estableció como el fundamento irrefutable de la vida alemana. Hay otras intuiciones, gemelas en cuanto a la esencia, tan sabrosas como la apuntada; por ejemplo, aquélla de que la categoría "esencial" —siempre el mismo término equívoco— del ser del hombre en el mundo es el "cuidado" El "cuidado" dice Heidegger, "constituye una condición a priori de todo comportamiento o situación efectiva del hombre, es decir, que es previamente inherente a todo comportamiento y a toda situación." Justo, cuando se trata de vivir en un campo de concentración (a cinco kilómetros del centro de Friburgo se instaló uno, en 1934). En el mundo inanimado, el cuidado se manifiesta como la esforzada procuración de las cosas, digamos de la cátedra de Husserl, renegando para ello del maestro, por lo cual venimos a saber que el "cuidado" se traduce en

servilismo acomodaticio, pues “se acomoda a la vida en un mundo impersonal, en un esfuerzo por escapar a la nada que lo anonada”; ahora se alude a la nada anonadante del paraíso nazi. La conclusión al respecto la ha sacado Bobbio, con la siguiente elocuencia: del ser humano dibujado por Heidegger “ha surgido y a través de él se justifica únicamente, el activismo, como la manera de ser de aquél que arrumbó las cadenas que lo vinculaban a una ley natural, racional o divina, y que, en una total inmersión en el mundo, proclama el triunfo de la acción como fin de sí misma, libre de todo límite que trascienda al actuar mismo”

Pero eso no es todo, Heidegger escribe en otra parte de su libro: “en la existencia cotidiana nosotros vivimos bajo la dictadura del ‘se’ que representa la medianía” Claro, en la cotidianidad del nazismo se imponía el “se” de la medianía; nadie podía, sin inspirar sospecha, aspirar a ser como era, sino como imponían serlo las intuiciones “esenciales” decretadas por la omnipotente camisa parda. El hombre se halla, por lo demás, en un estado de caída; quiere decirse, el ser humano en dicho régimen; la banalidad, resultado de la caída, tiene su esencia en la mentira, “de la cual la más radical es la mendacidad consigo mismo”, en la que tropezara el propio Heidegger al instituir la filosofía como “negocio alemán”. Y si el hombre encuentra, al fin, la autenticidad —pues lo banal es inauténtico— lo que se levanta delante de sus ojos es la muerte. Cierto. Morir es la única evasión definitiva del paraíso pardo; por eso la muerte es la autenticidad misma.

Todavía más. Siempre hay más. La existencia humana auténtica realiza su tarea mundana, terrenal, en la única libertad posible: la libertad para la muerte. Textual en Heidegger. Esto será admisible al encontrarse, como quien lo escribe, fuera de las alambradas del campo de concentración de Friburgo; dentro ni siquiera habría esa posibilidad. Lo “auténtico” propuesto por Heidegger no es, por lo tanto, sino una fuga, una manera de inhibirse, de cerrar los ojos, una manera de romper con el mundo, con las leyes naturales y sociales que, en vez de situar la conciencia del escritor frente al fascismo, lo corroboró en todos sus puntos. Esa conciencia tiene, de todas maneras, un acento de rebeldía: la rebeldía propia del desprecio y la insolidaridad. La rebeldía que se traduce en la expresión hermética de “El Ser y el Tiempo”, en la exasperación del estilo, en el histerismo sintáctico, etc. La única rebeldía que puede acreditarse a Heidegger es la de la gramática.

## III

Una de las tareas permanentes de la filosofía era, creíamos saber, la de realizar el mundo moral por la armonía del ser humano con la naturaleza, con la sociedad y consigo mismo. Tarea imprescriptible, digamos, y por más señas, irrenunciable, pues el hombre no puede encontrarse a sí mismo sino en el camino del entendimiento con los demás, con la naturaleza y con las verdades latentes. ¿Dónde queda la tarea en “El Ser y el Tiempo”? No hemos encontrado una línea, ni una, que apunte en tal dirección. De aquí que salte a la vista el siguiente hecho: entre las corrientes de pensamiento de fines del XIX y la fenomenología, resulta inútil establecer cualquier nexo de hilación; no lo hay. El método fenomenológico es algo que no hemos entendido nunca, pero que no renunciaremos a entender: es, se dice, una vuelta a las cosas, pero el regreso se hace por intuiciones “esenciales”; la fenomenología transforma los conceptos, los números, las proposiciones, etc., en una especie de substancia espiritual que constituye un reino aparte, existiendo independientemente del pensamiento —no sólo de las vivencias psíquicas, lo cual es justo. Como las intuiciones “esenciales” no son comprobables ni controlables, establecen por punto de partida una experiencia personal, intransferible, sobre la que no hay comunicación. El nacimiento del pensamiento moderno está dirigido por el signo de la crítica, que dió primacía a la teoría del conocimiento sobre la teoría del ser. La introspección no puede ser la base de conocimientos socialmente comunicables. Ahora la fenomenología, y su epígono el existencialismo heideggeriano —dos de las mejores excusas para practicar la pereza mental— propugna la vuelta a las cosas por la vía de la revelación de las intuiciones “esenciales”. La función crítica del pensamiento, enlazada a la comunicabilidad social, ha desaparecido. Sigue llamándose a todo eso, sin que sepamos por qué, filosofía. Degrada el pensamiento hasta el límite de una visión pasiva de las esencias. El pensamiento no las descubre, construya o crea: lo que hace es intuir las y, mientras tanto, callarse, pues “la vida es una marcha anticipada hacia la muerte” en el vasto campo de concentración en que se convirtiera Alemania. Y ni protestar, ya que la filosofía es un “negocio alemán”

El ser humano, sea o no filósofo profesional, tiene una impresionante capacidad de olvido. Hemos olvidado la barbarie nazi; el fascismo ha sido derrotado por las armas, efectivamente, pero se está apoderando, como existencialismo, del corazón y la cabeza de muchos de sus vencedores, y no sólo de los que lo enfrentaron en el campo de batalla. Así, asistimos a la tentativa de despojar al existencialismo heideggeriano de su estrecha y subterránea conexión con el régimen que le diera aliento y lo impuso en las universidades alemanas, después de la expulsión de los profesores adversos al “nuevo espíritu” Todo ello se ha olvidado o pretende olvidarse. Pero en las cosas tocantes a las ideas, el “borrón y cuenta nueva” acarrea consecuencias difíciles de soslayar. A la sociología le cabe, en la presente ocasión, prescribir la imposibilidad del “borrón y cuenta nueva”, sacando a relucir la conexión subterránea.

También resulta imposible separar en el existencialismo tipo Heidegger la doctrina y la proyección en ella del régimen en que se alumbró. Si no podemos separar la cosmovisión griega de las ideas de Platón y Aristóteles, las de Tomás de Aquino de la Escolástica, Kant de la cosmovisión racional-idealista, etc., ¿cómo hemos de intentarlo por lo que se refiere a Heidegger? De todas maneras se está intentando. Se cultiva la doctrina, o se propaga, omitiendo —curiosamente— las raíces sociales. Pero quien lo hace no se da cuenta de que es más fácil advertir lo que ello implica —lo que la tentativa pretende si se muestra lo que excluye— lo que la tentativa excluye. Lo que excluye son las raíces sociales. Precisamente.

La dignidad del individuo de nuestra especie consiste en el pensamiento. Pensamiento significa crítica, comunicabilidad, sociabilidad. La palabra intuición no podemos utilizarla sino como metáfora; debe ser expulsada de una filosofía rigurosa o no debe ser empleada sino con una definición precisa, lo que no hacen Husserl, ni Scheler, ni Heidegger, el límite extremo lo alcanza, por ejemplo, Hartmann, cuando escribe: “toda definición no es más que un obstáculo para la investigación”. Como visión inmediata de la “esencia” de un objeto no tenemos ninguna intuición. Tenemos sensación y apetencias, estados de conciencia y una conciencia general de nuestra existencia propia como sujeto pensante, sensible y actuante; el resto es inferencia más o menos rápida. Una intuición objetiva es un disparate.

IV

Volvamos a los textos. Basta de digresiones. Scheler ha escrito aquello que citamos ahora: “la ética kantiana no es sino la descripción del apriori moral del ethos especial de Prusia” Por la misma razón podría decirse que sus ideas no son sino una descripción del ethos especial del nazismo. La sociología schleriana del saber ofrece un programa de trabajo más que un conjunto de resultados definitivos. Su teoría de la persona es simple y desnuda teonomía. Los valores están situados fuera de lo inteligible, como alógicos e irracionales que son, sin embargo de lo cual ha escrito varias obras voluminosas para razonar y que razonemos sobre la esencial irracionalidad de los valores. ¿En qué quedamos? Antivoluntarista, Scheler pretende que los valores son completamente independientes de la voluntad; la visión axiológica se realiza en la intuición emocional, pasiva en consecuencia, mientras que la voluntad es ciega para los valores. Con este catálogo de ideas, o lo que sean, se preparaba hacia 1925, el advenimiento de la felicidad aria en Alemania. Frente a ello no cabía siquiera la rebelión, pues los valores morales son independientes de la voluntad.

De lo cual encontramos en Heidegger la constatación más plena. Hizo su pequeña rebelión en la gramática, sin duda porque la Gestapo no contaba con filólogos hábiles. Acentuó el irracionalismo de su maestro Husserl y de su colega Scheler. Nuestro ser —recordémoslo— es limitado, finito y humillado; a la bota nazi, por supuesto; el ser de la existencia es la preocupación, el cuidado, que se expresa como miedo en la existencia perdida en el mundo, pues al lado de Friburgo hay un campo de concentración; en la existencia que se encuentra a sí misma se expresa, en cambio, como angustia respecto al desamparo de nuestro ser, pues ningún alemán sabía que iba a ser de él al día siguiente. Precioso cuadro, por cierto, del paraíso nazi. No queda otra cosa —sigue nuestro autor— que la resolución resignada, el encogerse de hombros, que al establecer una especie de nivelación desliga de toda responsabilidad tanto para uno mismo como para los demás. Lo que se trata, pues, es de salvar la piel. Lamentamos que a *eso* se llame filosofía.

La angustia da como resultado el desinterés de todo lo que hay en el mundo, de todas las preocupaciones respecto del mundo y de todos los cuidados hacia los semejantes. Está claro y comprensible; se trata, repetimos, de salvar la piel. El ser para la muerte es un elemento indispensable

de la existencia; Goebbels lo decía, por cierto, de otra manera: “cuando oigas la palabra cultura, saca la pistola” Preferimos a Goebbels. La conciencia es la voz de la angustia y no hay buena ni mala conciencia; la bondad y la maldad las decretaba el señor Rosenberg, que expide a la vez los programas de la filosofía ario-nazi vigentes durante 1932-42 en las universidades alemanas. La conciencia, inseparable de la existencia, no juzga ni aprecia nada, pone de manifiesto —nada más— que la existencia, se mueve hacia sí misma. Quien juzga, para los profesores de filosofía, es el mencionado señor Rosenberg. Y éste, como Vaspasiano, no maltrató a los perros que le ladraban.

Y ya renunciamos a seguir. Es demasiado repugnante. No se diga, por lo demás, que estamos procediendo de mala fe al poner de relieve la *weltanschauung* del nazismo, su peculiar estilo de vida —si se trata de un estilo de vida— implícita en el existencialismo heideggeriano, pues si Scheler pretende que la ética kantiana representa el trasunto del prusianismo, nadie nos puede negar el derecho a discernir la filiación del existencialismo. Sobra material para realizarlo de la manera más exhaustiva. Sólo añadiremos ésto: la cualidad de lo ético, la nota irreductible de lo ético, no puede transparentarse en la intuición emocional; no se ofrece sino a la voluntad creadora, activa, que en vez de esquivar a la comunidad trata de salir a su encuentro, viendo en ella la conexión entre el pensamiento y la acción. No es lo impersonal quien decide nuestra vida, según la fórmula de Heidegger; la decisión proviene de que la coexistencia da a la individualidad humana el carácter de persona. El valor y el significado del ser humano se derivan de su condición social, punto donde se cruzan el pensamiento y la acción.

## V

Una discusión con el existencialismo, hermético y cerrado sobre sí mismo, incluso en el terreno que ha planteado aquí su filiación, sería inútil. En Heidegger la filosofía no ha dejado de ser la “ciencia divina”; hoy lo es, todavía, por la ignorancia o malquerencia de los profesionales de las ideas por la biología y la sociología. Sierva antigua de la religión, el existencialismo alemán la hizo sierva de la política totalitaria; la falta de honradez intelectual de Heidegger colaboró en la maniobra, en la que su ansiedad por adquirir la certeza de ciertas cosas no le ha permitido aguar-

dar a conocerlas. Su egocentrismo le excita a pedir sanción sobrenatural —la intuición “esencial”— a los extravíos de su conducta social. Las ideas de “El Ser y el Tiempo”, aquéllas que han sido expuestas y otras que se han omitido, representan la componente privada de dicha conducta social.

La prisa por encontrar certeza antes que conocimiento no puede llamarse filosofía, en cuya definición entrará siempre un punto de vista acerca de las limitaciones del conocimiento. La filosofía, nombre que damos al repetido y renovado esfuerzo de establecer la carta de naturaleza del ser humano en el mundo, partiendo de la realidad social donde convive, se ha visto reducida en el existencialismo al ensayo de arrojar al ser humano de sí mismo, de la comunidad y del mundo. Y, por fin, de un libro que Heidegger no ha leído transcribimos:<sup>1</sup> “aunque los filósofos tratan a menudo de dar la impresión de que los seres humanos existen en virtud de que hay una cosa llamada filosofía, es más cuerdo sostener que ésta sólo existe en virtud de que hay seres humanos. Por ser los mismos filósofos miembros de la sociedad humana, el objeto más apropiado de la filosofía ha de consistir necesariamente en buscar proposiciones que tengan el carácter de publicidad, o sea de realidad socializada”. Con lo cual cerramos, naturalmente, nuestro trabajo. Nada mejor puede añadirse.

1 Lancelot Hogben, *¿Qué es la materia viva?*; 1947, p. 225.